

**José Julio Martín Romero, *La guerra en la literatura castellana del siglo XV*, Londres, Department of Iberian and Latin American Studies, Queen Mary, University of London (‘Papers of the Medieval Hispanic Research Seminar’, 23), 2015, 121 pp.**

Sergio Moreno Jiménez  
(Universitat de Girona)

La importancia de la guerra como motivo en la literatura bajomedieval está fuera de toda duda. Lo garantizaba la propia realidad de una época en que el guerrero conformaba todavía el estamento de los defensores de la ciudad y el comercio. Ahora bien, hacia el siglo xv, en el plano literario había algo más que mera *imitatio* de esa realidad: el escritor —poeta o historiador, “límites no siempre claros en la recepción de la época” (p. 10)— bebía de unos códigos preestablecidos y fijados por la tradición. El estudioso contemporáneo se enfrenta a esos códigos con mayor o menor conocimiento, pero desde luego sin la visión de conjunto que José Julio Martín Romero va tejiendo a lo largo del centenar de páginas que conforman su estudio. *La guerra en la literatura castellana del siglo XV* constituye una herramienta fundamental para entender sobre qué estructuras, suficientemente ejemplificadas, se construye el vasto entramado de interrelaciones entre realidad e idealización de las armas en el siglo xv.

Desde el primer capítulo se declara la tarea autoimpuesta por el autor: delimitar únicamente los *motivos* y *fórmulas* —sin caer en largas y absurdas disquisiciones de nomenclatura— que aparecen en los textos seleccionados. Ahora bien, el lector que se enfrente al estudio de Martín Romero sospechará desde las primeras páginas que, al delimitar tales ‘motivos’ y ‘fórmulas’, el autor puede haber caído fácilmente en el error de confundirlos con meras coincidencias en la descripción de hechos que en sí mismos constituían ya un ritual: una justa, el rezo antes de la batalla, la arenga bélica. Pero, consciente de ello, Martín Romero avisa desde el comienzo de que, aunque “cabría pensar que estas similitudes se deben a que hacen referencia a realidades semejantes, [...] la repetición de motivos y la aparición de fórmulas se explica mejor por razones de creación literaria” (pp. 18-19). El recelo que muestra este primer aviso puede apreciarse más en los motivos —tocantes a la *dispositio*— que en las fórmulas —concernientes a la *elocutio*—, pues las segundas son siempre de más diáfana elucidación, mientras que los primeros otorgan aún cierto margen a la duda. Con

todo, la meticulosidad —y la precaución— de que hace gala Martín Romero al ir desgranando los diversos tipos, y la alternancia de estudio entre motivo y fórmula en cada uno de ellos, acaban por conformar un manual donde la posibilidad es igual de interesante para el estudioso que la certeza, y donde la mezcla de ambas da como resultado un todo sin fisuras.

Tras un segundo apartado de consideraciones previas sobre la composición de textos bélicos en la Edad Media —como la diferencia entre *justa* y *torneo*, o lo que Diego de Valera escindió en *armas necesarias* y *armas voluntarias*—, el autor se adentra en el estudio de los motivos y fórmulas narrativas propios del combate singular (p. 17). Partiendo de los trabajos previos de Martín de Riquer, quien en sus *Estudios sobre el Amadís de Gaula* había llegado a una estructura tripartita de los combates singulares en la primera novela de caballerías, y de Alexandre Micha, quien hizo lo propio con el ciclo del *Lancelot-Graal*, el autor demuestra “la estrecha relación entre cada una de las fases del combate y una serie de expresiones que formaban parte de lo que se consideraba un fondo común, y que llegaban a convertirse en tics estilísticos” (p. 19). La primera de estas fases es el encuentro de las lanzas; le siguen la lucha con las espadas y, por último, la resolución del combate. Fase a fase, Martín Romero va desgranando los motivos repetidos y relacionándolos con una serie de fórmulas fijas: el motivo del temblor de tierra provocado por el galope de los caballos en la primera fase del combate, por ejemplo, se narra casi con las mismas palabras en la *Crónica sarracina* y la *Demanda del Santo Grial*; en la segunda fase, por citar otro ejemplo, aparece el motivo de la duración desmesurada del combate, que se describe de forma casi idéntica en la *Crónica sarracina*, el *Tristán de Leonís*, el *Amadís de Gaula*, la *Demanda del Santo Grial* y las *Sergas de Esplandián*. Progresivamente, los recelos iniciales en torno a la mera coincidencia de narraciones se van disipando ante la evidencia de relaciones entre macroestructura, motivos y fórmulas. El capítulo termina con un detallado esquema de la estructura narrativa total de este género, y con el acertado aviso de que, “por supuesto, no quiere esto decir que toda la lid singular se acomode siempre a este esquema, sino que subyace como posibilidad en su construcción narrativa. El autor medieval mostraba precisamente tanto su originalidad como su conocimiento de la tradición literaria en el uso particular que hiciera de dicho esquema” (p. 44).

El cuarto capítulo, dedicado a “La batalla campal” (p. 45), es quizá el que puede suscitar más dudas al lector, en especial en cuanto a los motivos, pues éstos son más abstractos y se basan, unas veces, en rituales previos al enfrentamiento —el rezo, el discurso del caudillo, etc.— y otras en meras reacciones posibles dentro de las circunstancias de una batalla —la arenga guerrera—; circunstancias que, cabe señalar, los propios escritores del siglo xv las más veces conocían de primerísima mano. Uno de ellos, por ejemplo, entraña además una interpretación dudosa: “En los casos de batallas contra el infiel, el hecho de oír misa incide en las razones religiosas del enfrentamiento, propiciando la identificación del lector con los ejércitos cristianos” (pp. 47-48). Dudosa porque nada apunta a que el lector de estas obras necesitara identificarse con los ejércitos cristianos: lo estaría desde el primer folio. Más bien al contrario, lo que suele suceder, incluso en novelas situadas cronológicamente “No muchos años después de la Pasión de nuestro Redentor y Salvador Jesucristo” (*Amadís de Gaula*), es que sea el cristianismo el que identifique al protagonista como tal a ojos del lector. Vale decir, el motivo de la misa antes de la batalla sólo serviría para atraer a la identificación a un imposible lector no cristiano. En todo caso, siguiendo la metodología empleada en el capítulo precedente con incluso mayor exhaustividad —también porque son más las posibilidades del género—, Martín Romero va trazando los paralelismos, evidentes en el caso de las fórmulas, y muy probables en el de los motivos, pero que en el todo del estudio acaban por no dejar resquicio sin examen.

Un último apartado antes de las conclusiones —dedicadas esencialmente a la comparación de lo dicho con los tratados bélicos de la época— se centra en el dificultoso estudio de los mismos motivos y fórmulas examinados previamente, esta vez en los textos poéticos del siglo xv. Dificultoso porque, como anuncia el propio autor al iniciar el capítulo, “en los textos poéticos, la guerra aparece aludida o mencionada, más que descrita” (p. 89). Y sin embargo, sí encuentra Martín Romero un motivo recurrente: el truncamiento de la descripción bélica y su extensión en todo lo que rodea al combate —reacciones de los testigos, pensamientos de los combatientes, etc. Si bien “en todo caso, la alusión a la lucha tiende a ser parca [...] y predomina la alusión sobre el relato” (p. 94). Éste y los capítulos 3 y 4, “El combate singular” y “La batalla campal”, respectivamente, constituyen la parte central del libro, quizá la más interesante para el lector interesado sólo en un aspecto concreto de las descripciones bélicas —por ejemplo, el tratamiento de la guerra en el *Laberinto de fortuna*—, y que no busque, por lo tanto, una lectura lineal, sino más bien una consulta específica.

Cabe destacar como factor positivo el que el autor nunca pierda de vista que su objetivo es ayudar al lector a comprender el tejido estructural de un género literario. Esto, que podría parecer una obviedad, es sin embargo un error en el que hubiera sido fácil incurrir. Martín Romero, sin embargo, no focaliza su discurso ni una sola vez en la descripción de los procedimientos bélicos sin trazar una ilustradora relación con el tratamiento que éstos reciben en la literatura, dibujando paso a paso las estructuras que subyacen a este tipo de narraciones y que el autor de las mismas empleaba “como si de una falsilla se tratara” (p. 48).

En efecto, cuando el lector empieza a apreciar los varios entresijos de esa falsilla es cuando Martín Romero afirma, ya sin titubeos, que “el autor medieval organizaba el relato de una batalla campal atendiendo a una serie de unidades estructurales básicas —algo así como materiales de construcción literaria” (p. 84)— y de este modo “intentaba sortear la imposibilidad de narrar absolutamente todos los acontecimientos sucedidos en la batalla y evitaba ofrecer una escueta alusión al combate y al ejército que resultaba vencedor” (*ibíd.*). La afirmación nos llega casi al final del libro, cuando ya es, para el lector, un hecho indiscutible. Y, sin embargo, “la existencia de motivos y fórmulas [...] no ha de hacernos pensar que estos relatos de batallas fueran todos iguales y que el autor se limitara a repetir incansablemente unos esquemas idénticos. Esos esquemas forman parte de la herencia literaria sobre la cual el escritor actuaba para individualizar cada combate” (p. 88). Como corresponde a todo erudito que se precie, Martín Romero vuelve a mostrarse, al final de su minucioso estudio, igual de cauteloso que en las páginas iniciales: “encontramos elementos recurrentes, pero muchos de ellos parecen responder, por una parte, a la realidad bélica de aquel entonces y, por otra, a la forma como la guerra se configuraba en la imaginación medieval” (p. 102).

En resumen, *La guerra en la literatura castellana del siglo xv* es, sobre todo, un libro de lectura lineal amena, pero estructurado en forma de manual, de modo que su manejo resulte fácil para el estudioso que no busque una panorámica completa del tema, sino la dilucidación de sólo un tipo de descripción bélica —“El combate singular”, “La batalla campal” o “La guerra en los textos poéticos”— o incluso un aspecto concreto dentro de uno de esos arquetipos —el choque en la justa recreativa, la *elocutio* de la arenga durante la batalla campal, o la *dispositio* de motivos guerreros en un texto lírico. En definitiva, el libro de José Julio Martín Romero constituye una herramienta utilísima para facilitar al estudioso la comprensión de unos motivos y fórmulas tan prefijados en la época como hasta ahora desconocidos —o, al menos, insuficientemente ordenados y explicados— para la sociedad contemporánea.

